

Nacionalismo

Por Antonio-Miguel Bernal

Historiador

El término *nacionalismo* comprende una indefinida gama de significados que han ido variando en el transcurso de los tiempos. Incluye conceptos diversos según el punto de vista desde el que se analice, ya sea la política, economía, cultura, sociología o la moral, etc. Pero, ante todo, el *nacionalismo* es un *fenómeno histórico*, con una funcionalidad diferente para cada época, de ahí que la diversidad interpretativa vaya pareja al cambio histórico. Hay otras opciones "esencialistas" de interpretación del *nacionalismo*, que son de naturaleza ahistórica y que se forjan al margen de la racionalidad del conocimiento: son aquéllas que hacen del "nacionalismo" un sentimiento de la comunidad sustentado en la uniformidad cultural, etnológica y sociológica con un origen, una raza, una lengua y una religión comunes. Lo que no deja de estar en manifiesta contradicción con el sujeto que lo sustenta pues las naciones son resultado de largos y complejos procesos históricos; ninguna de ellas son eternas y, en consecuencia, todas las naciones – como los imperios- tienen un principio y un fin por lo que, tarde o temprano, terminan por desaparecer.

En sus orígenes, el *nacionalismo* es un fenómeno europeo, extendido al mundo occidental, aunque en la actualidad su difusión se ha universalizado al expandirse por el mundo islámico, por las sociedades postcomunistas, o por los territorios descolonizados en los continentes asiático y africano. De los diversos enfoques posibles de análisis, el más habitual es el que relaciona al *nacionalismo* con el *Estado*. Una relación que se establece en dos dimensiones, la política y la económica. El término *nacionalismo* aparece a comienzos del siglo XVIII en los tratadistas políticos ingleses como reacción, en Europa, al viejo orden universalista heredado del Imperio Romano y de la Iglesia Católica y como un signo de la desintegración -comenzada a fines de la edad media- del viejo orden social feudal y de la ruptura de uniformización cultural sustentada en la herencia común del cristianismo romano, a través del latín, y la aceptación por el protestantismo de las lenguas

vernáculos y la formación de "iglesias nacionales" como instrumentos de expresión religiosa. En cierto modo, los preludios del nacionalismo surgen con motivo de los enfrentamientos religiosos en la edad moderna como fue el caso en los siglos XVI y XVII, respectivamente, de Holanda e Irlanda.

El fenómeno del *nacionalismo* va estrechamente ligado a la formación de las naciones europeas y a la aparición del Estado moderno durante los siglos XVI al XVIII. Por consiguiente, el *nacionalismo* en sus orígenes describiría dos fenómenos que, en un principio, fueron contrapuestos pero que con la creación del *Estado nacional* terminan por ser complementarios: de una parte, el nacionalismo determina la actitud de los miembros de una Nación de cara a su identidad nacional al ajustarse a una comunidad étnica o cultural; de otra, el nacionalismo describe las acciones de una comunidad a través de un Estado unitario en el ejercicio de su soberanía política. Es en cierto modo, lo que expresa la definición, habitualmente aceptada, que dio Ernest Gellner al considerar al *nacionalismo* como "el principio que afirma que la unidad política y nacional debería ser congruente".

En un principio, la formación del Estado moderno en los siglos XVI y XVII carecía de cualquier connotación nacional. Tal como aparecía diseñado en Maquiavelo, Bodin o Hobbes, el Estado, sin más, se ajustaba a un ente político unitario y centralizado que ejerce la soberanía bajo los dictados supremos del príncipe o del monarca sin importar la diversidad de pueblos, lenguas, creencias o culturas de quienes lo integren. Pero los incipientes Estados modernos plurinacionales, como España, Inglaterra, Francia etc., pronto evolucionan hacia modalidades embrionarias de Estados nacionales donde la delimitación firme de las fronteras y el robustecimiento de la propia soberanía, unitaria e indivisible, se convierten en objetivos prioritarios. Unos Estados que aparecen simbólicamente representados en las monarquías nacionales que los gobiernan -los Tudor, los Valois, los Habsburgos, los Borbones etc.- con una vocación uniformizadora de los distintos pueblos que los integran, sin capacidad política de decisión y reducidos a la simple condición de súbditos. Un Estado que a través de la práctica del "mercantilismo" durante los siglos XVII y XVIII introduce los principios de un "nacionalismo económico" donde cada Estado busca la emancipación de toda influencia económica extranjera. Un Estado que no será nunca fuerte si no es económicamente independiente, de ahí que los mercantilistas favorezcan la acumulación de stocks monetarios de oro y plata, que han de lograr a través de una balanza comercial exterior siempre positiva bajo el principio de que la prosperidad de una nación se ha de conseguir a costa de las demás.

El resultado final de una práctica de esa naturaleza tiende al proteccionismo y a la autarquía. Asienta como premisa que los intereses de los Estados na-

cionales son necesariamente antagónicos e impulsa y desarrolla las ideas y comportamientos de xenofobia y animadversión a lo extranjero con tal de potenciar lo propio a cualquier precio. Por último, genera en la escena internacional un espíritu de belicosidad de guerras comerciales continuas y de conflictos armados interminables. A la larga, las políticas mercantilistas no hicieron más ricas a las naciones sino más absolutos a los gobiernos de las monarquías de sus respectivos Estados. Más tarde, en el siglo XIX, bajo los supuestos económicos del proteccionismo económico a ultranza preconizados por List en su "sistema nacional de economía política", el *nacionalismo económico* se hizo más agresivo e, indirectamente, la conjunción de *proteccionismo* económico y *nacionalismo* político va a estar en los fundamentos originales de las dos guerras mundiales sufridas durante el siglo XX.

El *nacionalismo*, considerado como la ideología política y social que hace coincidir el concepto de Nación con el de Estado, aparece como uno de los fermentos que alumbran el mundo contemporáneo. Los nacionalismos se convierten entonces en el sentimiento que da cohesión a las sociedades estatales europeas y en el principal principio legitimador del poder político. Es la modalidad de *nacionalismo* influido por la Revolución francesa y por los movimientos nacionalistas europeos de principios del siglo XIX. En el nuevo Estado nacional que surge de las revoluciones liberales la lealtad a la monarquía y al rey de los Estados absolutistas se sustituye por la lealtad a la *patria*. Nacionalismo y patriotismo a partir de entonces se confunden en una sola categoría en la que priman los sentimientos colectivos espontáneos por encima de cualquier otro tipo de valoración política, ética o cultural y que hacen de la patria la primera y última razón de su existencia. Y es en este sentido donde el *nacionalismo* puede llegar a manifestarse con una ambivalencia moral capaz de inducir a las naciones a los comportamientos éticos humanamente más ejemplares y dignos o a las aberraciones colectivas más reprobables que han podido realizarse en nombre de los *nacionalismos patrióticos*. Sobre todo, en aquellos casos en los que prevalece el *nacionalismo de Estado*, convertido en una forma conservadora y agresiva de la conciencia nacional de los que los estados nazis y fascistas serían los ejemplos más acabados.

Las modalidades de los nacionalismos contemporáneos son múltiples y en su conjunto se caracterizan porque adecuan en una única categoría el concepto de Nación con el de Estado, definido incluso en los ordenamientos constitucionales. A ellos corresponden, en primer lugar, los *nacionalismos revolucionarios* que fueron impulsados por las consecuencias del jacobinismo patriótico de la revolución francesa, que promueve la independencia de Grecia (1829), Bélgica (1830), etc. Llamado también *nacionalismo liberal* coincide con la implantación del capitalismo como sistema económico

y tiene a la nueva clase burguesa como principal artífice. Un movimiento que es culminado desde mediados del siglo XIX por los *nacionalismos de unificación*, que sirvieron para la construcción de Italia y Alemania como Estados unitarios, bajo el influjo del espíritu del romanticismo, de las literaturas nacionales y del reconocimiento del "*espíritu del pueblo*", según la terminología filosófica alemana de la época, como substrato y fundamento del Estado nacional.

Sin embargo, el fenómeno del nacionalismo se generaliza, deja de ser un fenómeno europeo para convertirse en universal al quedar ligado a los grandes procesos transformadores de la historia contemporánea: el hundimiento de los imperios coloniales y territoriales, las guerras mundiales y la descolonización del Tercer Mundo. El punto de arranque de los *nacionalismos anticolonialistas* está en la Declaración de Independencia de los Estados Unidos, seguido de inmediato por los nacionalismos que dan origen a las Repúblicas Hispanoamericanas a comienzos del siglo XIX. Con la Primera Guerra Mundial, tras la desagregación del imperio austrohúngaro, la caída del imperio ruso y el hundimiento del imperio turco, se expande un *nacionalismo separatista* que impulsa a las *nacionalidades emergentes* de los pueblos de la Europa del Este, de los Balcanes y del Báltico -checos, serbios, magiares, croatas, bosnios, estonios, lituanos, rumanos, etc.- y al mismo tiempo promueve la formación de un incipiente nacionalismo entre los pueblos árabes, que se debate entre el *panarabismo* de inspiración religiosa islámica y los nacionalismos de fundamento étnico. Por último, tras la Segunda Guerra Mundial, bajo el impulso descolonizador, prosperan los nacionalismos que van a configurar en Africa y Asia los nuevos Estados del Tercer Mundo. A diferencia de los precedentes movimientos nacionalistas, inspirados en su mayoría en el espíritu político del liberalismo económico y de la democracia constitucional en los movimientos nacionalistas descolonizadores de emancipación nacional y social se hará patente la clara influencia del pensamiento y praxis revolucionaria del comunismo pese a que la teoría marxista, internacionalista, mantuvo siempre un claro distanciamiento repulsivo –vid. Stalin- respecto al fenómeno del nacionalismo al considerarlo de naturaleza burguesa.

Aunque hay sobrados ejemplos históricos de Estados que son resultados de un conglomerado de razas, lenguas religiones y culturas, todavía la lengua, la religión, la raza, el territorio o unas específicas señas de identidad cultural se siguen considerando los ingredientes esenciales que sirven de soporte a la ideología de los *nacionalismos*. Aunque, como ha señalado John Breuilly, son cada vez más las bases sociales e intelectuales las que determinan las funciones de la ideología nacionalista. Hasta el punto de que se estima que el sentido de la identidad nacional, como sucediera en los comienzos del Estado moderno con las políticas mercantilistas y proteccionistas, no es

sino un medio espurio para conseguir la movilización y el apoyo popular para hacer prevalecer unos intereses económicos, políticos, culturales o sociales que poco o nada tienen que ver con la lealtad de cada pueblo a la nación a través del patriotismo. Así considerado, el *nacionalismo* se asimila a unos movimientos políticos y sociales reaccionarios por la naturaleza insoledaria de los mismos.

Bibliografía

Benner, Erica. *Really Existing Nationalisms: A Post-Communist View from Marx and Engels* Oxford, Clarendon Press, 1995.

Bell, David A. *The Cult of the Nation in France: Inventing Nationalism, 1680-1800* Cambridge, MA: Harvard University Press, 2001.

Brass, Paul R. *Ethnicity and Nationalism: Theory and Comparison* New Delhi: Sage, 1991.

Brehony, K. J. and N. Rassool, ed. *Nationalisms Old and New*, New York: St. Martin's Press, 1999.

Breuilly, John. *Nationalism and the State*, Chicago: University of Chicago Press, 1985.

Cocks, Joan. *Passion and Paradox: Intellectuals Confront the National Question*, Princeton: Princeton University Press, 2002.

Colley, Linda. *Britons: Forging the Nation 1707-1837*, New Haven and London: Yale University Press, 1992.

Gellner, Ernest. *Nations and Nationalism*, Ithaca: Cornell, University Press, 1983.

Greenfeld, Liah. *The Spirit of Capitalism: Nationalism and Economic Growth*, Cambridge, MA: Harvard University Press, 2001.

Guibernau, Montserrat. *Nations Without States: Political Communities in a Global Age*, Cambridge, Polity Press, 1999.

Hobsbawm, Eric J. *Nations and Nationalism since 1780: Programme, Myth, Reality*, Cambridge: Cambridge University Press, 1990.

Kohn, Hans. *The Idea of Nationalism: A Study of Its Origins and Background*, New York: The Macmillan Company, 1944.

Kristeva, Julia. *Nations without Nationalism* Roudiez. New York: Columbia University Press, 1993.

Mosse, George L. *The Nationalization of the Masses: Political Symbolism and Mass Movements in Germany from the Napoleonic Wars through the Third Reich.*, Ithaca: Cornell University Press, 1991.

Moore, Margaret. *The Ethics of Nationalism.*, New York: Oxford University Press, 2001.

Munck, Ronaldo. *The Difficult Dialogue: Marxism and Nationalism* London and Atlantic Highlands: Zed, 1986.

Poole, Ross. *Nation and Identity*. London and New York: Routledge, 1999.

Roger, Antoine. *Les Grandes Théories Du Nationalisme*, Paris: Éditions Dalloz, 2001

Searle-White, Josh. *The Psychology of Nationalism*, New York: Palgrave/St. Martin's Press, 2001.

Sofos, Spyros A., and Brian Jenkins, eds. *Nation & Identity in Contemporary Europe*, London and New York: Routledge, 1996.

Viroli, Maurizio. (1995). *For Love of Country: An Essay on Patriotism and Nationalism* , Oxford, Clarendon Press, 1995.

Zimmer, Oliver. *Nationalism in Europe, 1890-1940*, New York: Palgrave, 2003.